

Amor 5 de 1.873
23-26-17.12.72
IX A 2
3-113271

cion; la sabiduria divina traza la obra y su autoridad suprema la intima. Esa obra, pues, es tan firme, tan inmutabile como el Dios que la hizo. Los imperios se levantan y caeran unos tras otros, los hombres se daran nuevos gobiernos, nuevas leyes, nuevas instituciones; mostrando en todo los adelantos de su saber: ó los caprichos de su liviandad; pero la Iglesia, entre tanto, testigo de incesantes revoluciones, concluidas á su lado, caminara por entre ellas imperturbable llevando en su mano la inmutable carta de su divina institucion que ha de estar viva y entera hasta la consumacion de los siglos.

En segundo lugar, el poder que se confiere al sacerdocio para gobernar la sociedad religiosa, tampoco viene del poder de los asociados, ni pende de ninguna autoridad humana. Es un poder que se engendra y nace todo en el fundador, que es el mismo Dios, quien lo comunica inmediatamente á los Apóstoles, y que se perpetúa desde los Apóstoles hasta nosotros, pasando de un Obispo á otro por virtud de la consagracion (Hechos. XX, 28). El poder sacerdotal se contiene todo en la mision que dió Jesucristo á sus primeros discípulos, y esa mision la contriò el mismo Señor por estas palabras: *Como el Padre me envió así tambien yo os envío.* Así, pues, la mision del sacerdocio sobre la tierra y los poderes que ella incluye, es la misma y de la misma naturaleza que la mision que trajo Jesucristo al mundo desde el seno de su Eterno Padre, y para dar á conocer esto se valió de una accion simbólica. Como en los dias de la creacion sopló Dios sobre el rostro del primer hombre para inspirarle el aliento de vida, así ahora para conferir á los Apóstoles el ser sacerdotal, que es una participacion del poder de Dios, sopló sobre ellos diciendo: *recibid el Espíritu Santo* (Juan XX, 22). † En esto nada hay que quepa en las facultades humanas; y si, lo que no puede suceder, se extinguiese el sacerdocio, si pudiese el último Obispo que hubiese recibido el carácter de tal en la ordenacion, todos los Soberanos del mundo, toda la soberania popular del mundo junta, no

† Ob sacerdotes que profanais vuestro sagrado ministerio, convirtiéndolo en ministerio de destruccion en vez de edificacion! Los Curas de almas especialmente mediten sobre estas palabras de Jesucristo: "Como el Padre me envió yo os envío." † Iréis á los pueblos á vivir en deleites sensuales, quebrantando las leyes de Dios y de la Iglesia con oscurando á los que vais á enseñar como Jesucristo! † Pensad!

necesario que volviere á bajar de lo alto la mision celestial.
Id, pues, y enseñad á todas las gentes por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. (Mat. XXVIII, 19; Marc. XVI, 15.) Nótese el empeño con que se inculca la universalidad de la mision, ó sea la *catolicidad* de la Iglesia que iba á fundarse como si fuera ese su signo distintivo, *por todo el mundo; á todas las naciones; á toda criatura.* Pero veamos detenidamente los poderes que la mision encierra.

La primera funcion del sacerdocio es la enseñanza de la doctrina, que en la ciencia eclesiástica suele llamarse *potestad de magisterio*. Al sacerdocio, y sólo á él, corresponde mostrar autoritativamente al pueblo cristiano qué es lo que debe creer acerca de las cosas reveladas, y qué es lo que tiene que guardar; en otros términos; *la fe y la moral.* Toda declaracion, toda decision sobre esas materias corresponde al ministerio sacerdotal; y quien de cualquiera manera impida ó estorbe la libre enseñanza de la Iglesia sobre esas materias, impide la palabra de Dios; y quien pretenda subrogarse á la Iglesia en la enseñanza, usurpa sacrilegamente un poder que Dios no le ha conferido. Esta usurpacion es la que en el día se ha hecho general en todo el mundo por la potestad temporal, y todavia va más allá suprimiendo absolutamente la enseñanza de la doctrina cristiana, y en este punto el Gobierno de Colombia está en primera línea, qué demencia! y por eso nosotros hemos levantado la voz contra esa impia prohibicion, y despues contra la sacrilega usurpacion intentada por los Directores de instruccion primaria. Y obsérvese, además, que la garantia dada por Jesucristo á la enseñanza de la Iglesia es suprema, no cabe otra mayor: hé aqui sus palabras: *Quien á vosotros oye á mi me oye.* Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos. (Luc. X, 16. Mat. XXVIII, 20.) Esta promesa no se hizo sólo á los Apóstoles, porque ellos no habian de vivir hasta la consumacion de los siglos, sino tambien á sus sucesores en el sacerdocio católico que ha de durar hasta la consumacion de los siglos. Identificada así la enseñanza de la Iglesia en todo el espacio de su duracion, con la enseñanza de Jesucristo, no se extrañará la terrible sentencia con que concluye, diciendo: *El que no creyere se condenará.* (Marc. XVI, 16.)

No solo toca al sacerdocio ilustrar los entendimientos con la predicacion de la doctrina, y guiar los pasos de los fieles con los preceptos de la moral, sino que Jesucristo le ha encargado además la dispensacion de la gracia de la redencion en la administracion de los sacramentos. *Bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Á quienes perdonareis los pecados les serán perdonados, á quienes los retuviereis les serán retenidos.* (Mat. XXIII, 19. Juan XX, 23.) Incapaz el género humano de levantarse hácia Dios después de su caída, quiso éste vincular la aplicacion de esos merecimientos al uso de ciertos medios sensibles que confió al sacerdocio. Sin los sacramentos, la gracia de la redencion, es decir, el misterio de misericordia, seria estéril. Son además los sacramentos una de las partes más bellas, más humanas de la religion; que derraman consuelos, paz y esperanza sobre el hombre que es infeliz porque ha sido delincuente; pero son, al mismo tiempo, un tesoro sellado que sólo pueden dispensar manos ungidas.

(Continuará.)

EL TRISAGIO.

De repente en claro dia
Entóndase el firmamento;
Bramó el mar y zumba el viento,
Rimbomba la tempestad;
Y allá en humilde cabaña
Se alza ferviente este canto:
"Dios Eterno, Santo, Santo,
Dios uno y trino, piedad!"
Ante el fulgor de los rayos
Arde pálida bujía,
Que en el altar de María
Consagrada al culto fué,
Crece retumbando el trueno;
Y mientras tiembla de espanto
El jmpio: Santo, Santo!
Clama la voz de la fe.
Descujan los huracanes
Los cedros de la montaña;
Y la rústica cabaña
Oruje y tiembla sin cesar;
Y los humildes cristianos
Siguen diciendo serenos:
"Están de tu gloria llenos
La tierra, el cielo y el mar."

9

El fulgor de la bujía
La luz del rayo oscurece;
Y la tormenta enmudece
De la plegaria al rumor;
Huyen las nubes, el cielo
Do nuevo ostenta su manto;
Y los ecos, Santo! Santo!
Repiten en derredor.

R. C.

APUNTES PARA UN LIBRO.

3846

REALMENTE es un conflicto para los entendimientos perezosos la obligacion de saberlo todo en que lo ponen las celebradas conquistas del derecho moderno. De cualquier modo que sea, para representar dignamente el papel de ciudadano en la sociedad en que vivimos, se hace preciso que hasta los más zotes se conviertan en pozos de ciencia. La libertad nos llama á todos, sin más título académico que el de *ta cédula de vecindad*, á resolver directa, indirectamente ó *ex-catedra* las cuestiones más arduas y los problemas más difíciles en el órden político, moral y religioso... Ni más ni ménos.

Parece, pues, necesario que hasta los más ignorantes añadan por de pronto al título de ciudadanos los títulos de doctores en teología, licenciados por lo ménos en política y siquiera el de bachilleres en moral. Ya sé yo que con el tiempo, porque tal es el progreso, los eclipses del sol, la virtud especial de la quimera, el órden de las capas en la tierra y las ecuaciones de segundo grado se decretarán por mayoría de votos en asambleas populares elegidas por sufragio universal; qué duda tiene!... pero entre tanto nos basta con los elementos elementales que se necesitan para gobernar, digámoslo así, el cielo y la tierra, á Dios y á los hombres, este mundo y el otro, lo temporal y lo eterno.

Hasta hace algunos años no habia caído yo en la cuenta de la necesidad de esta aptitud para tener, como ahora se dice, mi opinion acerca de las opiniones de los diferentes puntos que diariamente se controvierten y se deciden en la academia popular de la plaza pública; y era yo partidario de todos los desatinos que la ignorancia y perversion del corazon y del entendimiento han puesto en moda. Claro está que entre las diversas liberta-

des que me sonreían, la libertad de imprenta fué la que me pareció más encantadora. Por supuesto había llegado mi corazón á las más atrevidas conclusiones, sin más estudio que la lectura de algun periódico y sin más razonamientos que los acostumbrados en las disputas de los cafés ó en las conversaciones trascendentales de los corrillos; poseía la fraseología corriente, y era capaz de encajarlo un discurso filosófico, político y religioso al lucero del alba.

Ya lo he dicho; en libertad de imprenta me encantaba, y había aprendido como un papagayo á decir que "era la emancipación del pensamiento, palanca de la inteligencia, y el centinela avanzado de la civilización y de la cultura." ¿Quién me tosía á mí con toda esa serie de conocimientos? En punto á crítica, todo lo veía bajo el peso de mis terribles fallos. Si no me veía cerca de la Presidencia del Consejo de Ministros, á lo menos me consideraba con aptitud para alcanzarla.

En este estado poco más ó menos se hallaba mi entendimiento cuando me asaltó la idea de casarme.

Verdaderamente, echar sobre mí la cadena del matrimonio, era hacer traición á todas las libertades que me sonreían; pero vaya usted á convencer al corazón con teorías de libertad, cuando se le han medido, permítaseme la frase, entre ceja y ceja las dulces miradas de dos ojos resplandecientes, grandes y negros.

No obstante, traté de desochar semejante idea; mas pronto advertí que antes se hacía preciso borrar los vivos copornos de una preciosa imagen, que yo no sé por qué misteriosa fotografía se había ido estampando poco á poco en el fondo de mi alma.

Apelé á todos los disolventes que pude hallar en el laboratorio químico de mis ideas y no encontré correctivo eficaz que disipara las tenaces líneas de aquella imagen permante.

Mis principios económicos se combinaron produciendo en el acto esta quinta esencia:

"Es pobre."

Por un momento se oscureció la claridad de la imagen que ocupaba mi pensamiento; mas pronto apareció de nuevo dejándose admirar el tesoro de sus encantos, que la imaginación siempre loca se complace en realizar con la suposición de todos los atractivos.

La economía no alcanzó á destruir el lujo de su belleza.

Cualquiera que sea el maravilloso conjunto de sus perfecciones, aunque el *fac-simile* de su correcto dibujo contenga el fiel retrato de la misma Venus, al fin y al cabo era una mujer, y por lo tanto sujeta á todas las fragilidades y á todas las inconstancias de que adolece la cara mitad del género humano.

Así me hablaba la triste experiencia recogida en mi vida de hombre libre, presentando uno tras otro toda la serie de desengaños que la juventud recoge en sus vanas disipaciones.

El mundo, desde el fondo oculto de mi pensamiento, hacía esfuerzos inauditos por sustraerme del poderoso influjo que en mí ejercía la bella imagen que llevaba grabada en mi memoria, y ocultando la faz risueña con que seduce á los incautos, me presentaba la faz terrible, con que desespera á los que han caído en el abismo de sus locos placeres.

Pero la imagen, semejante á la aurora que aparece en el horizonte de un cielo sereno, disipaba las sombras de mi espíritu con la sonrisa de la esperanza y de la inocencia.

Todo fué inútil; mis cálculos, mis reflexiones, mis razonamientos carecían de fuerza para vencer la terca resistencia de mi corazón obstinado, y cerrando los ojos decidí casarme.

Desde el momento en que formé esta resolución irrevocable, comencé á parecerme desierta la casa en que vivía, me pareció lóbrega, triste, desmantelada. Los muebles, en los que hasta entonces no había reparado, los encontraba de mal gusto, porque ¡oh contradicción inexplicable! eran al mismo tiempo demarcado libros en la ejecución y en los asuntos.

Consideré como cosa absolutamente indispensable renovar los muebles, los adornos, y si me es permitido decirlo así, purificar la atmósfera que hasta entonces había respirado en mi propia casa, sustituyendo el aseó y el orden al abandono y á la libertad que se respira en la casa de los hombres solteros.

Ante todo, elegí la pieza más alegre para que sirviese de tocador á la que, Dios mediante, había de ser más tarde ó más temprano la madre de mis hijos.

Esta habitación, severa por la regularidad de las líneas que la formaban, y risueña por la claridad con que la ilumina-

ba la luz del día, se prestaba admirablemente á brillar en todos los ricos por menores con que el refinamiento de nuestras costumbres adorna esta clase de habitaciones destinadas á eternizar la belleza de nuestras mujeres.

Yo había admirado muchas veces el gusto exquisito y la esmerada riqueza que ostentan esta especie de templos de la hermosura, y resolví, allí para mis adentros, desplegar allí todo el lujo á que alcanzaran los recursos de mi mediana fortuna.

Gozaba de antemano saboreando la agradable sorpresa que en ella causaría el aspecto esplendoroso de su tocador flamante, cuando me detuvo una reflexión repentina que me dejó pensativo.

—Lujó...lujó... exclamé hablando sólo. La ciencia lo considera como necesario á la vida de la industria, la industria es el gran elemento de las prosperidades públicas, los pueblos mas industriales son los pueblos más ricos; luego si se suprime el lujo se arruinarán los Estados más florecientes: el lujo es, pues, el alma de la economía política. Muy bien: esto es luminoso y no tiene vuelta de hoja; pero si bien es verdad que hace prosperar á los pueblos, suele darse con frecuencia el fenómeno económico de muchas familias arruinadas por el lujo. Por lo tanto, conviene distinguir: el lujo, como elemento científico, no ofrece en realidad las mayores ventajas.

Además, pensaba yo que el lujo arroja así á los ojos inexpertos y por lo tanto impresionables de una mujer joven y bella había de producirle cierto deslumbramiento, y por regla general, estas alucinaciones causan vértigos que no suelen tener consecuencias muy favorables para los maridos.

Haciendo, pues, la salvedad científica conveniente para dejar en toda su integridad mis principios económicos, determiné amueblar el tocador de la próxima compañera de mi vida con toda la sencillez posible...

Una vez dispuesta la casa y completo todo el menaje indispensable, pensé del mismo modo en renovar mi modesta servidumbre, porque en verdad no tenía yo la mejor idea de las buenas costumbres de las gentes que hasta entonces me habían servido.

Ya se ve, en mi vida de soltero no les había ofrecido grandes ejemplos que imitar, y alentados por la intemperancia de

mis inclinaciones, habían proclamado, tomándose las unas á una, todas las libertades; mas yo iba á pasar del estado de ciudadano independiente á la categoría de jefe de familia, iba á ejercer las graves funciones de un magisterio, que á la vez me conceden la naturaleza, la religión y la sociedad, y no era prudencia exponer la tranquilidad y hasta el decoro de mi casa á los desórdenes de mis criados: los necesitaba menos libres y más fieles.

Sobre la mesa de mi cuarto había gran número de tarjetas, y me entretuve en leerlas una á una, recorriendo así la larga serie de mis amigos y de mis conocidos. Maquinalmente mis manos iban rasgando unas y apartando otras. Rasgaba las de aquellas personas cuyo trato podía ser peligroso á mi familia, y apartaba las de los amigos, cuyo trato podía conservar sin temor de que corrompieran el corazón de mi mujer ó extraviaran el entendimiento de mis hijos.

Extraña contradicción! Yo, partidario en la plaza pública de todas las libertades absolutas, empezaba á establecer en mi casa el odioso sistema de las más severas restricciones. O me había vuelto loco, ó comenzaba á tener juicio.

Eché una ojeada sobre mi escritorio y otra ojeada sobre mi biblioteca, recordando que en el escritorio había papeles y cartas que contenían imágenes demasiado desnudas y conceptos poco escrupulosos, y en la biblioteca libros que removían los sentimientos de la sociedad, ya en forma literaria, ya en forma científica, plagados de todas las sensualidades intelectuales de la sabiduría libre.

La inmunidad del pensamiento manuscrito ó impreso, invocando los derechos del hombre, me pedían la libérrima circulación entre los individuos de mi familia, seres racionales al fin, que tenían derecho á respirar el aire de la inteligencia. Mas es el caso que la imbecilidad de mis opiniones políticas no era tan crasa que no me dejara advertir la grave contingencia de que la lectura de aquellos libros y de aquellos manuscritos corrompieran el entendimiento de mi mujer y de mis hijos. El peligro me tocaba tan de cerca, que yo, *libre pensador*, me aterraba ante la idea de que mi mujer y mis hijos llegasen á ser también *librepensadores*.

Pero ¿había de condenar á reclusión perpetua aquellas luminosas manifestaciones del pensamiento humano? ¿Por qué no había de poner en manos de mi fami-

lia aquellos manuscritos y aquellos libros que el Estado dejaba circular libremente en nombre de la libertad de imprenta?

Después de dar muchas vueltas en mi cabeza á esta contradicción terrible entre mis ideas y mis sentimientos, decidí tener las llaves del escritorio y de la biblioteca, pero tropecé con la probabilidad de un descuido, con la curiosidad tan propia de la inocencia como de la malicia, y tuve por más eficaz recurso el alejar toda contingencia, echando fuera de mi casa los manuscritos y los libros que por primera vez de mi vida me parecían peligrosos. Magnífica idea! podía hacer con ellos un buen regalo.

Con esta idea me acosté y me dormí tranquilamente; mas, me despertó con una nueva preocupación: si yo alejaba de mi casa aquellos libros, porque su lectura era perniciosa, ¿no había una verdadera traición en envenenar con ellos la atmósfera de otra familia?

Me vestí pensativo, cejijunto, mal humorado,

Era una mañana fresca como lo son todas las de Diciembre, y la chimenea de mi cuarto, previamente encendida, llamaba envidiandome á respirar el perezozo calor de su aliento. Una idea incendiaria pasó como un relámpago sobre mi cabeza, y sin más reflexiones saqué del escritorio y de la biblioteca los manuscritos y los libros, y uno á uno los fui arrojando en la chimenea, apartando con horror los ojos, mientras el fuego convertía en humo y en ceniza todas aquellas libros manifestaciones del pensamiento humano.

Ahora llamo á todos los libres pensadores que en estos momentos revuelven el mundo, y les pregunto:

Qué habríais hecho en mi caso?

Habríais, como yo, arrojado al fuego los libros que podían pervertir el corazón y el entendimiento de vuestra mujer y de vuestros hijos?

Si!

Entonces sois unos Inquisidores.

Los habríais conservado en vuestras escritorios y en vuestras bibliotecas, dejándolos circular entre vuestros hijos y vuestras mujeres?

Si!

Entonces sois unos infames.

De esta manera he llegado yo á resolver la grave cuestión de la libertad de imprenta. Si somos honrados y justos, no puede

querer para la sociedad lo que nosotros queremos para nuestros hijos.

JOSE SEPULCRAL

REINA DEL MAR (Estrella de Occidente)

Harmosa Oubá! tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo
Como cubre el dolor mi triste frente!

Voy á partir! Te chusma diligente
Para arrandarme del núbido suelo
Las velas iza y prónita á su desvelo
La brisa atude de tu zona ardiente.

Adios, Patria feliz, Eden querido!
Doquier que el hado en su furor me impola!
Tu dulce pambra halagará mi oído.

Adios! Ya cruje la tórgente vela,
El ancla se alza, el buque estremecido,
Las olas corta y silencioso vuela!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

EN UN CUMPLEAÑOS.

Hoy es, Domingo, tu santo,

Y yo cuelga no te doy.

Pues mucho más limpio estoy.

Que una putana; por tanto

Para no darte el quebranto

De dejarte, como dices,

Con un palmo de narices.

Voy á tomar un resuello

Y á decirte á voz en cuello

Que los tengas muy felices.

Que cerendo de tus hijos

De tu esposa y de tus nietos

Dejes los vanos respetos

Y los afanes prolijos,

Y tengas los ojos fijos

En las limplísimas frentes

De esos niños inocentes

Que te arguyen á porfia

Que el que sólo en sí confía

Tiene perdidas las mientes.

Que hay un Dios en cielo y tierra

Que de nadie se descuida

Que dijo: Yo soy la Vida,

Y quien me sigue no erra

En mi doctrina se encierra

Lo más bello para el alma

Paz y dicha, y luz y calma.

Y el que lidiare por ella
De honor obtendrá la estrella
Y de victoria la palma.
Si es verdad que el no alcanzar
A conseguir lo anhelado
Es fregarás, muy fregado
Por cierto debes de estar;
Mas te puedo asegurar,
Apoyado en la experiencia,
Que al que lleva su conciencia
Por el camino derecho
Le es de altísimo provecho
Fregarse y tener paciencia.
Mas no paciencia mundana,
Paciencia de orgullo necio,
Paciencia de bajo precio,
Es decir, paciencia vana;
Sino paciencia cristiana,
Que es en la paciencia modelo,
Paciencia que da consuelo,
Paciencia que da decoro,
Paciencia que es un tesoro,
Paciencia que lleva al cielo.

Bogotá, 12 de Mayo de 1873.

G. M.

LA CORONA NUPCIAL

Los niños á quienes se acostumbra á mirar como á su madre á la Madre de Dios, son por lo común de carácter bondadoso y tierno, son caritativos y pacientes, y se inclinan al bien con preferencia á todo, por convicción y por tendencia natural.

Agustin, cuya índole era dócil y humilde, hubiera sido un muchacho angelical si le hubiese educado una madre piadosa y buena; pero abandonado á sí mismo y no teniendo ejemplos buenos á la vista ni santas máximas en el oído y en el alma su corazón se endureció y se hizo vengativo y egoísta.

Aprendió con perfección el oficio; abrió un taller por su cuenta, y algunos años después era uno de los más ricos armadores de Barcelona, sin que su actual ventura le hiciese olvidar ni por un instante sus desventuras pasadas.

Casóse con una jóven, hija única de un opulento comerciante, y que le llevó una dote cuantiosa; pero que era una de esas criaturas frías, sin voluntad ni sentimiento, y que ni por una hora, en tantos años

* Fregarse y tener paciencia es el nombre vulgar de una pieza de música que está en boga, compuesta por el señor Daniel Figueroa.

de matrimonio, supo comprender á su esposo.

Era un autómatas que hacía solo lo que su marido le ordenaba, y que ni tuvo jamás en su casa el lugar que le correspondía, ni se le ocurrió reclamarlo.

Puedo decirte que la gobernadora general era doña Pelagia, cuyo carácter activo y despejado entendimiento eran muy á propósito para gobernar.

Poco á poco la sumisión pasiva y helada de doña Damasa (este era el nombre de la esposa del armador) fué creciendo, llegando á convertirse en una nulidad completa.

Jamás discutía, ó, mejor dicho, jamás se detenía á discurrir; jamás negó nada á sus hijos; pero jamás tampoco reparó en que estuviesen tristes, sin que la inquietasen más las enfermedades de su cuerpo que las enfermedades de su alma.

En suma, doña Dámasa era una de esas naturalezas heladas y egoístas, que no valen ni aun para sí propias.

De sus hijas, la mayor se le parecía bastante, al paso que la más pequeña estaba dotada de la misma prodigiosa actividad de su padre.

Sin embargo, ni Sofía tenía el alma tan helada como doña Dámasa, ni Carolina tenía tan duro corazón como su padre; aquella, alta, rubia y bastante sosa, era pacífica y algo indolente; Carolina, pequeña, morena y viva, era revoltosa y activa, más cariñosa y entusiasta que su hermana.

Su padre las quería á las dos con igual pasión.

Su madre no era capaz de amar á nadie más que á sí misma, y eso no mucho tampoco.

Carlos era amado de todos, y él amaba á todos también; era un buen muchacho, alto como Sofía y moreno como Carolina; gallardo, cariñoso, pulcro y elegante; siempre alegre, su vida participaba del trabajo y de los placeres propios de su edad.

Su padre, á quien la pobreza había ocasionado tan amargos sinsabores, le había educado, lo mismo que á sus hermanas, en medio del fausto y de la magnificencia; pues aunque bastante avaro, nunca lo era cuando se trataba de sus hijos, que constituían lo que más amaba en este mundo.

Doña Pelagia, además de sus funciones de ama de gobierno, había sido una especie de aya para las dos niñas, que la querían, Carolina con toda la vehemencia propia de su carácter, y Sofía con cuanto cariño podía caber en el suyo.

Educadas en uno de los mejores colegios